

ALGUNOS INDICIOS SOBRE EL TITULO DE *NIEBLA*

Mucho se ha escrito sobre la gran novela unamuniana *Niebla*, algo se ha escrito sobre el significado del título, pero todavía queda bastante por investigar y comentar. Aquí me voy a ocupar principalmente del variado simbolismo del vocablo que la encabeza, pues encierra, no una, sino unas cuantas posibles interpretaciones. A mi entender la principal se refiere a una especie de masa gaseosa, o gelatinosa, sin forma precisa y que va concretándose a medida que se define espiritual o físicamente, por voluntad divina, o por fuerzas inexplicables. O sea que es algo así como ir sacando átomos de un universo nebuloso y dándoles cuerpos visibles mediante un esfuerzo espiritual, mental, emotivo o físico.

Entre todas las justificaciones posibles dentro de esta, podríamos llamar, "creación", la que más interesa a Unamuno es la de la vida humana, "y la vida es esto, la niebla"^{1 y 2}. La vida es una forma nebulosa, no puede ser completa a no ser que se le otorguen, o presten, varios atributos, siendo el más importante de ellos el del amor: *Amo ergo sum!* (p. 51)³. No extraña pues, que el protagonista de la obra, Augusto Pérez, quien viene de la "niebla" y luego regresa a ella (p. 166) sólo se sienta vivo cuando descubre la posibilidad de querer y que se le quiera, y es únicamente entonces también cuando comienza a vivir plenamente: "Tal vez mi amor ha precedido a su objeto. Es más, es este amor el que lo ha suscitado, el que lo ha extraído de la niebla de la creación" (p. 37).

Es curioso que, además del amor, es una acción infame ocurrida al final del libro, el ridículo en que le ponen a Augusto, Eugenia, de quien veremos éste se enamora, y su novio Mauricio, lo que le hace sentirse vivo, aunque al principio pensara todo lo contrario:

—Es que no me duele en el amor; ¡es la burla, la burla, la burla!
Se han burlado de mí, me han escarnecido, me han puesto en ridículo,
han querido demostrarme..., ¿qué sé yo?..., que no existo. (p. 143).

¹ UNAMUNO, Miguel de: *Niebla*, duodécima edición, Colección Austral (Madrid, Espasa Calpe, S. A., 1968) p. 31. Todas mis citas unamunianas provienen de esta misma edición, por lo tanto, de ahora en adelante, sólo se darán en nuestro texto el número de la página en donde aparecen.

² Ya hablaron algo de esto Harriet S. Stevens y Ricardo Gullón en su Introducción a la novela *Niebla*, Edición Temas de España (Madrid, Taurus, 1965) p. 12.

³ Para dar más énfasis a esta hipótesis, recomendamos que se lea el poema que se encuentra en la página 134 de la edición que comentamos y que no transcribimos aquí por no alargar demasiado nuestro ensayo.

Empecé, Víctor, como una sombra, como una ficción; durante años he vagado como un fantasma, como un muñeco de niebla, sin creer en mi propia existencia, imaginándome ser un personaje fantástico que un oculto genio inventó para solazarse o desahogarse; pero ahora, después de lo que han hecho, después de esta burla, de esta ferocidad de burla, ¡ahora sí!, ahora me siento, ahora me palpo, ahora no dudo de mi existencia real. (p. 146).

En las primeras páginas de la obra, sabemos que Augusto Pérez no ha sido “un caminante” de la vida, no ha experimentado a fondo, ha sido en cambio un “paseante” (p. 28), se ha dejado llevar por ella, y por eso necesita una fuerte experiencia que le permita completarse, sentir que existe. Recordemos lo que dice: “Esperaré a que pase un perro... y tomaré la dirección inicial que él tome” (ibid), se deja guiar por cualquier cosa. Ocurrió en cambio que pasó una “garrida moza” y Augusto va tras ella, “como imantado y *sin darse cuenta*” (p. 27), (el subrayado es mío, todavía está viviendo a medias).

Conviene observar, que fue la introducción de un personaje común y corriente, Margarita, la portera de la casa donde vivía la joven a quien decidió seguir Augusto, lo que le hace plantarse en la realidad y actuar de la forma en que aquella mujer esperaba actuase: sencillamente pidiéndole el nombre de su señorita. Es, por lo tanto, un episodio vulgar, el germen de su experiencia vital, y el que le guía a realizarse, en todo el sentido de la palabra.

Que “niebla” es sinónimo de existencia, aunque luego se le den otros significados, se comprueba con otra cita unamuniana. Augusto Pérez escribe una carta a la que él ha decidido es su amada, Eugenia. La frase de despedida es la que sigue: “...sumido en la niebla de *su* vida espera su respuesta...” (el subrayado es mío), y firma su nombre (p. 32). Ahora bien, este “su” puede referirse a la vida de ella o a la de él, el caso es que en ambas situaciones, “niebla” se explica como un aspecto de “vida”. Si se está refiriendo Unamuno a Eugenia, y yo creo que sí, tenemos que añadir una nota explicativa. Augusto Pérez quiere dar una existencia tangible a lo que hasta ahora ha sido una aparición fortuita, un sueño, y esto es importante, porque igual que descubrimos al principio de la obra que somos “sueño de Dios” (p. 25), y más tarde lo admitirá Augusto (p. 93), al hacer de la mujer su “sueño”, ella se convertirá en su propia creación, y así le pertenecerá entera:

¡Lucharemos! *Militia est vita hominis super terram*. Ya tiene mi vida una finalidad; ya tengo una conquista que llevar a cabo. ¡Oh Eugenia, mi Eugenia, has de ser mía! ¡Por lo menos, mi Eugenia; ésta que me he forjado sobre la visión fugitiva de aquellos ojos, de aquella punta de estrellas en mi nebulosa; esta Eugenia sí que ha de ser mía; sea la otra, la de la portera, de quien fuere! ¡Lucharemos! Lucharemos y venceré. Tengo el secreto de la victoria. ¡Ah Eugenia, mi Eugenia! (p. 34).

Llena su existencia de esta nueva experiencia, Augusto Pérez continúa su vida cotidiana, dentro de la cual se encuentran las partidas de ajedrez con su amigo Víctor Goti, pero ahora sus pensamientos vuelan hacia su deseada amante, y no se concentra en el movimiento de los peones: “¡Eugenia, Eugenia, mi Eugenia, finalidad de mi vida, dulce resplandor de estrellas mellizas en la niebla, lucharemos!” (p. 35). Estas palabras nos llevarán luego a una segunda interpretación de “niebla” como la nada⁴, pero ahora limitémonos a lo que sigue a las líneas anteriores: “Aquí sí que hay lógica, en esto del ajedrez y, sin embargo, ¡qué nebuloso, qué fortuito después de todo! ¿No será la lógica también algo fortuito, algo azaroso? Y esa aparición de mi Eugenia, ¿no será algo lógico? ¿No obedecerá a un ajedrez divino?” (ibid). Parece ser entonces, que lo que Unamuno nos quiere dar a entender es que incluso aquello que parece lógico, como el juego de ajedrez, o como dirá en otro lugar, las ciencias exactas, en realidad no lo son, puesto que también se hallan en ese universo nebuloso y que sólo con la acción o el pensamiento humanos se les puede dar forma: “La vislumbre; he aquí la intuición amorosa, la vislumbre en la niebla. Luego viene el precisarse, la visión perfecta, el resolverse la niebla en gotas de agua o en granizo, o en nieve, o en piedra. La ciencia es una pedrea. ¡No, no, niebla, niebla!” (p. 37), parece querer decir aquí que la ciencia tiene poco valor, “pedrea”, sin la experiencia humana.

Lo del “ajedrez divino”, un juego de Dios, es similar a la teoría antes mencionada de que somos “sueños de Dios”, o sea que todo en nuestro mundo no es más que un juguete, o juego divinos, o dicho de otro modo, caprichos de Dios.

Conviene notar que, hasta cierto punto, la acción de Augusto Pérez es paralela a la de Dios, pues él también trata de manipular a Eugenia en su conciencia moldeándola a su deseo, y a lo que espera de ella, recuérdese la cita anterior, “¡Oh Eugenia, mi Eugenia, has de ser mía! ¡Por lo menos, mi Eugenia; ésta que me he forjado sobre la visión fugitiva de aquellos ojos, de aquella punta de estrellas de mi nebulosa...”. Recalcando lo dicho, señalamos las palabras de Víctor Goti cuando Augusto Pérez se queja de cómo le han tratado Mauricio y Eugenia: “Tú querido experimentador, la quisiste tomar de rana, y es ella la que te ha tomado de rana a ti! (p. 143).

Unas líneas más abajo, en la página 35, monologa Augusto de esta manera: “¿Y mañana? ¡Mañana es de Dios! ¿Y ayer, de quién es? ¿De quién es ayer? ¡Oh ayer, tesoro de los fuertes! ¡Santo ayer, sustancia de la niebla cotidiana!” (p. 35), únicamente puede existir el ayer al haber sido vivido por el hombre, él lo crea, es decir, el tiempo no existe si no es experimentado, de otro modo resulta en la “nada”. Yendo más allá,

⁴ También Gullón y Stevens discuten brevemente este aspecto en la obra citada, p. 12.

Unamuno opina que inventamos distracciones para “matar el tiempo” y así “alargamos la vida”. Parece una incongruencia, pero pensándolo bien, no lo es. Si podemos aniquilar el tiempo, es decir, la duración, hemos conquistado la vida eterna, mientras no haya un espacio contenido, un pedazo de tiempo, traducido en vida limitada, robado a la vida eterna, no habrá muerte.

Volvamos un momento a lo que señalamos anteriormente de que, según Unamuno, todos somos sueños de Dios⁵. Nos lo explica en una especie de prólogo que pone a la obra en cuestión titulado, “Historia de ‘Niebla’”:

Pero no, que ha de quedar el cántico del gallo silvestre y el susurro de Jehová con él; ha de quedar el Verbo que fue el principio y será el último, el Soplo y don espiritual que recoge las nieblas y las cuaja. Augusto Pérez nos conminó a todos, a todos los que fueron y son yo, a todos los que formamos el sueño de Dios —o, mejor, el sueño de su Verbo— con que habremos de morir. Se me van en carne de conciencia. Y por esto os digo, lectores de mi *Niebla*, soñadores de mi Augusto Pérez y de su mundo, que esto de la niebla, esto es la nivola, esto es la leyenda, esto es la historia, la vida eterna. (p. 25).

Aquí compara la vida eterna con la leyenda, la historia y la nivola. Ahora bien, ¿nos quiere decir que todo ello es ficticio?, puede ser, pero como estamos enterados de las contradicciones a que es tan aficionado don Miguel, analizaremos estas líneas de otra forma. Se dice que quedará el “Verbo”, la “palabra” flotando en el espacio, como principio y fin de todo, el “Soplo y don espiritual que recoge las nieblas y las cuaja”, se entiende, que en ese universo antes comentado, hay otros “verbos” (nieblas, posibles vidas) que Dios recoge y crea, y esos seres son parte de un cuerpo múltiple representado por todos los hombres nacidos, muertos y por nacer, de cuyo conjunto hace parte don Miguel, “todos los que fueron y son yo, a todos los que formamos el sueño de Dios”⁶, periclitados, a quienes desesperadamente amenaza y advierte Augusto Pérez quien no es nada más que un ejemplo, representante de la humanidad hecha carne, y a lo que responde el autor Unamuno, que la “carne” se hará espacio”, desaparecerá físicamente, pero no el “verbo humano”, descendiente del Verbo divino, éste es el “sueño” real, la “conciencia” y ella es eterna: “Los inmortales no vivimos, y yo no vivo, sobrevivo; ¡yo soy idea! ¡soy idea!” dirá Augusto (p. 156), ni Dios mismo puede dejar de soñar ese don espiritual, total que Dios no nos puede matar completamente, pues si lo hiciera, no tendría en quien manifestarse, y dejaría de ser. Similarmente dijimos que el tiempo

⁵ Unamuno juega mucho con esta teoría sobre los sueños. Para conocer más detalles, puede verse su largo ensayo, *Cómo se hace una novela*.

⁶ Hay también algunos indicios parecidos en la obra citada *Cómo se hace una novela*, es más, en ella se encontrarán varias cosas que recuerdan a distintos temas de *Niebla*.

tiene que ser vivido para que exista, así Dios necesita del hombre (o de otros "sueños") para descubrirse⁷:

De manera parecida, el hombre no puede saberse vivo, que existe, a no ser que sea percibido por otros seres humanos. En las últimas páginas de la novela, cuando el médico que asistió a Augusto Pérez antes y después de su muerte hace preguntas a Liduvina, la criada de aquél, sobre la condición mental en vida de su amo, ésta le responde que decía "disparates". El doctor insiste: "¿Qué disparates?", ella contesta: "Que él no existía y cosas así", la respuesta-pregunta del médico es sintomática: "¿Disparates?... ¿Quién sabe si existía o no, y menos él mismo...? Uno mismo es quien menos sabe de su existencia. No existe sino para los demás..." (p. 159).

Unamuno en su arrogancia reta a Dios, igual que su personaje, Augusto Pérez le reta a él. Las citas a continuación son algo largas, pero no hay modo de reducir las sin que pierdan el sentido:

Pues bien, mi señor creador don Miguel, también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada, de que salió... ¡Dios dejará de soñarle! Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia, todos, todos, sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo; lo mismo que yo! Se morirán todos, todos, todos. Os lo digo yo, Augusto Pérez, ente de ficción como vosotros, *nivolesco*, lo mismo que vosotros. Porque usted, mi creador, mi don Miguel, no es usted más que otro ente *nivolesco*, y entes *nivolescos* sus lectores, lo mismo que yo, que Augusto Pérez, que su víctima.

—¿Víctima? —exclamé.

—¡Víctima, sí! ¡Crear me para dejarme morir! ¡Usted también se morirá! El que crea se crea y el que se crea se muere. ¡Morirá usted, don Miguel; morirá usted y morirán todos los que me piensen!... (p. 154).

Y al final, cuando aparece Augusto Pérez en los sueños de Unamuno, éste le pregunta: "¿Y si te vuelvo a soñar", le contesta su creación:

No se sueña dos veces el mismo sueño. Ese que usted vuelva a soñar y crea soy yo será otro. Y ahora, ahora que está usted dormido y soñando que reconoce usted estarlo y que yo soy un sueño y reconozco serlo, ahora vuelvo a decirle a usted lo que tanto le excitó cuando la otra vez se lo dije: mire usted, mi querido don Miguel, no vaya a ser que sea usted el ente de ficción, el que no existe en realidad, ni vivo ni muerto; no vaya a ser que no pase usted de un pretexto para que mi historia, y otras historias como la mía corran por el mundo. Y luego, cuando usted se muera del todo, llevemos su alma nosotros. No, no, no se altere usted, que aunque dormido y soñando aún vivo. ¡Y ahora, adiós! (p. 162).

⁷ En la edición que nosotros consultamos de *Cómo se hace una novela*, Libro de bolsillo (Madrid, Alianza Editorial, 1968), escribe Unamuno: "Dice el Génesis que Dios creó al Hombre a su imagen y semejanza. Es decir, que le creó espejo para verse en él, para conocerse, para crearse" (p. 130).

Dijimos antes que “niebla” también puede querer decir la “nada”. Naturalmente aquí parece haber una antítesis, si pensamos en el primer significado que dimos a la palabra. ¿Cómo puede ser ambas cosas, vida y nada?, la existencia es contrario a la nada, lo que no es, no puede existir. Sin embargo, lo que viene a decir Unamuno es que la “nada” (niebla) existe, es una eternidad sin experimentación, hasta que una parte de ella se hace hombre, vida, por eso ambas están relacionadas: “¿Conque no? No quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentarme, dolerme, serme...” (p. 153). Repetimos parte de una cita anterior: “Pues bien, mi señor creador don Miguel, también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió...” (p. 154).

Además de los dos significados principales que hemos detallado en este escrito, existen algunos de tono menor, varios sin gran importancia, pero conviene señalarlos todos para demostrar la amplitud de la imaginación unamuniana. En ocasiones se traduce literalmente como algo de naturaleza borrosa, sobre todo cuando se le hace adjetivo, nebuloso, nebulosa: “Cuando al cabo Augusto se despidió de don Avito, dirigióse al Casino. Quería despejar la niebla de su cabeza y la de su corazón echando una partida de ajedrez con Víctor” (p. 75), “Me habían llevado allí sus ojos, sus ojos, que son refulgentes estrellas mellizas en la nebulosa de mi mundo” (p. 32), “Con trabajo se separó de allí Augusto, pues la conversación nebulosa..., de Margarita la portera empezaba a agradarle” (p. 34), hay muchos más ejemplos. Otras veces significa el aburrimiento: “Estos días que pasan... este día, este eterno día que pasa... deslizándose en niebla de aburrimiento” (p. 50), asimismo observamos que tiene cierta relación con la eternidad.

Ocurre que sea una “niebla solar, hechicera” (p. 40), o es una pasión sexual: “Una niebla invadió la mente de Augusto; la sangre empezó a latirle en las sienas, sintió una opresión en el pecho. Y para libertarse de ello empezó a besar a Rosario en los ojos, que los tenía que cerrar...” (p. 95), con esta misma acepción se la define como “niebla roja”:

—Todavía me parece que no está usted en disposición de que hablemos tranquilamente, como buenos amigos. ¡A ver! —y le cogió la mano para tomarle el pulso.

Y éste empezó a latir febril en el pobre Augusto; se puso rojo, ardíale la frente. Los ojos de Eugenia se le borrarón de la vista y no vio ya nada sino una niebla, una niebla roja. (p. 64).

Estos dos últimos ejemplos derivan de “niebla” como vida experimentada, pues recuérdese que forman parte de los síntomas del amor, que ya dijimos es uno de los atributos de la existencia, otros son resultado de lo cotidiano: “Los hombres no sucumbimos a las grandes penas ni a las grandes alegrías, es porque esas penas y esas alegrías vienen embozadas en una inmensa niebla de pequeños incidentes” (p. 31). También el vocablo puede traducirse en muerte, que, obviamente, se enlaza con la eternidad. Perso-

nificando al perro de Augusto, dice Unamuno: "Orfeo siente venir la niebla tenebrosa... Y va hacia su amo saltando y agitando el rabo, ¡Amo mío! ¡Amo mío! ¡Pobre hombre!" (p. 166). Poco después los criados, Domingo y Liduvina, le encuentran muerto.

Una nota de mucho interés. Nos hemos fijado en que hay un interesante anagrama entre: niebla-novela y nivola, veamos:

niebla

novela

tomemos las dos primeras letras de niebla: ni
saquemos la "o" y la "v" de "novela" y cambiemos la posición: nivo
terminemos la palabra con las dos últimas letras de ambas "la", y acabamos con:

nivola

Todo ello nos sugiere que nuestra vida (niebla) es sencillamente una "nivola" (ficción), inventada por Dios, en cuyo doble se convierte Unamuno, ambos autores "nivolescos".

Con el propósito de reforzar esta aseveración, terminamos con dos citas: "Y esta mi vida, ¿es novela, es nivola o qué es? Todo esto que me pasa y que les pasa a los que me rodean, ¿es realidad o es ficción? ¿No es acaso todo esto un sueño de Dios o de quien sea, que se desvanecerá en cuanto El despierte..." (p. 93). Repetimos unas líneas anteriores: "Y por eso os digo, lectores de mi *Niebla*, soñadores de mi Augusto Pérez y de su mundo, que esto de la niebla, esto es la nivola, esto es la leyenda, esto es la historia, la vida eterna".

MORAIMA DE SEMPRUM DONAHUE

Howard University
Washington, D.C.